

CRÍTICA CINE

Sobre el mal contemporáneo

“Entre la fe y la pasión”, del francés Bruno Dumont, evidencia la peligrosidad del fanatismo religioso a través de la historia de una muchacha que por amor a Cristo convierte su fe en atentado terrorista

ENTRE LA FE Y LA PASIÓN



Dirección: Bruno Dumont

Guión: B. D.

Intérpretes: Julie Sokolowski, Yassine Salime, David Dewaele

Sala: Del Siglo

Juan Aguzzi

El Ciudadano



El éxtasis místico de la protagonista se ve en los encuadres sobre su rostro.

La singularidad del cine de Bruno Dumont radica en una serie de rasgos que lo revelan como un gran observador de ciertas patologías que afectan socialmente y cuyo origen se encuentra, con frecuencia, en el desafecto y la falta de comunicación. Así ocurría con *La vida de Jesús* (1997), donde una violación descubría el símil entre la carencia y la brutalidad; en *La humanidad* (1999), donde el crimen de una niña ponía a jugar una ilógica concatenación de hechos y personajes; en la más reciente *Flandres* (2006), en la que las guerras actuales en las que participan los europeos evidencian, en línea correlativa, los bajos instintos de jóvenes desamparados. Un cine, el de este realizador francés, que apunta a hurgar en el malestar de la cultura, a probar que la racionalidad moderna está cribada por oposiciones que los sistemas políticos no hacen más que alentar con insistencia, hacia adentro y hacia afuera, en operaciones violentas e irracionales.

Por ese lado puede ubicarse a *Entre la fe y la pasión*, en la que una jovencita perteneciente a la alta burguesía francesa –con padre funcionario y madre que puede intuirse en alguna fundación benéfica– se apasiona denodadamente por la figura de Cristo, desde su lugar de novicia en un convento primero, y en la práctica fundamentalista y terrorista –ya desde el Islam– des-

pués. Pero, por este lado, cabría una pregunta acerca de este último opus, ya que aquí parecerían acentuarse algunas aristas de estas cuestiones; en definitiva, ¿se trata de un film político o de uno místico?

A tono con su obra anterior en cuanto a tratamiento, con muchos primeros planos, encuadres contemplativos, una dinámica que expresa a partir de tiempos laxos, protagonistas que se encienden en su laconismo, *Entre la fe y la pasión* se vincula más con la lógica de la pasión desenfrenada que sin solución de continuidad puede convertirse en locura, plena de caracteres radicales y atávicos, que con un planteo en el que se interprete alguna coordenada sociopolítica como imagen del mundo en donde se desarrollan los sucesos. Desde aquí es entonces un film más místico que político; sin embargo, como todo cine es político, *Entre la fe y la pasión* puede verse también como una puesta en acto de los desajustes que las acciones de gobierno (las más

políticas de todas) provocan en sus ansias de dominación cuantitativa.

Los personajes de origen árabe son mostrados como el callo en el corazón de la metrópoli, en sus efímeras rapiñas o en su peligrosa propagación fundamentalista y en su práctica militante; la muchacha tan profundamente abrazada a su idea de amor místico hacia el supuesto hijo de Dios –que resulta hasta demasiado para las mismas autoridades del convento–, con padres ausentes en sus puestos de piezas de la sospechosa democracia francesa, y la relación de empatía entre los aparentemente opuestos, el cristianismo y el Islam, trazan cabalmente los rasgos de naturaleza política del relato. Pero estos planteos que encubren un fuerte dispositivo destructivo –en un sentido posible del fin de la Humanidad– están anclados en el fanatismo como la más riesgosa de las oscuras prácticas contemporáneas.

El fundamentalismo de Céline, su salva-

je sensibilidad hacia ese Dios ausente, es puesto en acción a través de su contacto con el dirigente musulmán –hermano de quien la introduce en ese mundo–, quien verá en el ensimismamiento de la joven (estar enamorada de Cristo y sufrir por ser humana) la devoción necesaria para convertir la fe en acto; de allí al atentado, al cauce que pueden adquirir esos desquicios, habrá un solo paso, o varios, si se tienen en cuenta sus conversaciones crudas con el predicador, en las que expone su éxtasis como sufrimiento y su estadía en Medio Oriente, durante la que declara su dignidad religiosa que la hará obedecer los mandatos de Dios (ya no importa si el cristiano o el musulmán).

Es en esta clave entonces, en la de las semejanzas por detrás de las diferencias de las religiones, en la inspiración hacia el desatino que conllevan sus atributos fanáticos, donde *Entre la fe y la pasión* parece asumir y evidenciar las trágicas posibilidades de un misticismo irrefrenable; pero también el film de Dumont, acentuando su rigurosa y ascética puesta en escena –aunque él lo niegue, esta obra debe mucho a Bresson–, consigue resaltar la violencia implícita de un sistema que hace de la desprotección y la falta de afecto –sociales, familiares– el barro cenagoso donde asienta su idea moderna (al menos desde la Revolución Francesa) de que naturaleza y cultura son imposibles de articular y cuya omnipotencia puede verse tranquilamente como una forma de suicidio. Un film místico y un film político, porque la religión hace política para detentar su poder.

Párrafo aparte merecen los encuadres que formula Dumont sobre los rostros, especialmente los que hace sobre el de Céline, que remiten a toda una tradición en el cine, pero que aquí es inevitable verlo en paralelo con los que Dreyer practica a Renée Falconetti en la no menos mística *La pasión de Juana de Arco*.

LA CINEASTA VERÓNICA CHEN FILMARÁ “MUJER CONEJO”, UN DRAMA ACERCA DE UNA JOVEN QUE SE VE ENVUELTA EN UN CONFLICTO CON LA MAFIA ORIENTAL

Tribulaciones de una mujer de ascendencia china

Télam/Paulo Pécora

Verónica Chen, quien estrenó recientemente en el Bafici su documental íntimo *Viaje sentimental*, está preparando el rodaje de su próxima película, *Mujer conejo*, el drama de una joven argentina de ascendencia asiática que “se siente como un pez fuera del agua” y que se ve envuelta en un conflicto con la mafia china.

Se trata de un proyecto en el cual Chen, según afirmó, aborda “el drama de Ana, una mujer que busca su identidad y que para escapar de su pasado termina chocándose contra la realidad. Es una película extraña, porque transcurre en una ciudad poblada de chinos y en un campo lleno de conejos”.

“Ana es una mujer de origen mixto asiático, nacida en Argentina, que no habla chino. Está como un pez fuera del agua, por-



La cineasta Verónica Chen.

que todos creen que es china, pero al no hablar ni entender el idioma los chinos también la dejan afuera”, explicó Chen.

La autora de *Vagón fumador* y *Agua*, dos films que la hicieron recorrer el mundo y

ganar varios premios internacionales, señaló que lo que le interesa de este personaje “es la búsqueda de su identidad, porque es muy difícil para ella integrarse a su origen asiático y, al mismo tiempo, a la cultura occidental dominante”.

La cineasta indicó que “Ana trabaja como inspectora municipal y se ve envuelta en un pleito contra una organización mafiosa china. Todo le ocurre por testaruda, y por un pequeño conflicto municipal, urbanístico, termina mezclada con la inmigración ilegal y tiene que huir al campo”.

Chen presentó en abril pasado en el Bafici su *Viaje sentimental*, una suerte de diario de viaje, una autobiografía integrada por textos personales y una serie de fotografías que tomó entre 1998 y 2008 en los hoteles donde se hospedó en ciudades europeas y asiáticas, y que expresa los sentimientos y

sensaciones que tuvo durante sus visitas a festivales de cine.

Al igual que ese documental íntimo, sensible y cargado de subjetividad, *Mujer conejo* será, según la directora, “un viaje interior, iniciático, de una mujer en búsqueda de su identidad, pero desplegado en toda la difícil realidad que le toca vivir”.

“Mientras que *Viaje sentimental* fue un primer acercamiento a mi relación con Asia –estuvo en 2008 en Shanghai, Beijing y Nanjing, ciudad de donde es oriunda su familia–, esta nueva película profundiza esa búsqueda de mi propia identidad y mis vínculos con China y Asia”, afirmó.

Chen piensa comenzar a filmar *Mujer conejo* en octubre próximo en la ciudad de Buenos Aires y en un campo de la provincia, con un guión propio y la colaboración de la escritora uruguaya Inés Bortagaray.